

Los errores de los padres

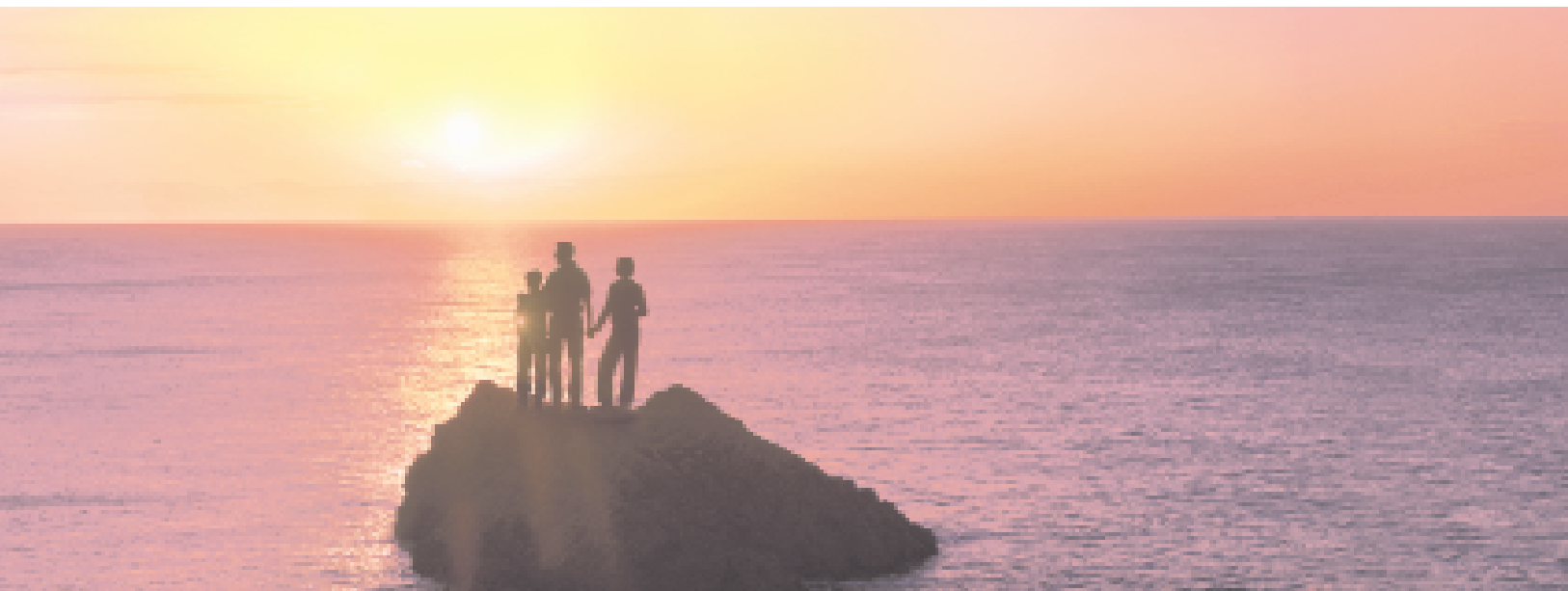


EVA BACH

Pedagoga y especialista en desarrollo personal e inteligencia emocional. Su último libro es *Adolescentes, qué maravilla* (Ed. Plataforma).

A menudo tendemos a culpabilizar a nuestros padres de los muchos fallos que cometieron con nosotros y prometemos que, con nuestros hijos, lo haremos mejor. Con el tiempo, nos damos cuenta de que tampoco somos unos padres perfectos.

Y es que todos, gracias a los aciertos y a los errores vividos, llegamos a ser lo que somos y podemos crecer desde la comprensión, el amor y la gratitud.



Era una tarde de finales de septiembre. De no ser por una suave ventisca que levantaba algunas hojas, nada hacía presagiar la inminente llegada del otoño. El aire acondicionado no andaba muy fino y las personas asistentes al acto, que llenaban por completo el patio de butacas, dibujaban un mar de colores con el vaivén de sus abanicos. Transcurridos los cinco minutos de rigor sobre la hora prevista, dio comienzo la primera asamblea general de la flamante Asociación Nacional Contra los Errores de Nuestros Padres.

Tomó la palabra la presidenta, flanqueada por la vicepresidenta y el secretario y por dos vocales de la junta directiva, situados estos a ambos extremos de la mesa, a los pies de la cual resplandecía un precioso ramo de azucenas amarillas. Todos ellos tenían carreras relacionadas con la educación, la pedagogía o la psicología, así como una brillante trayectoria profesional, lo cual era toda una garantía para el resto de los socios, que ese día estrenaban su carné. Para ser considerados miembros de pleno

derecho, los socios y socias habían tenido que firmar una declaración en la que manifestaban su firme voluntad de no cometer los mismos errores que sus padres.

Después de unas palabras de bienvenida, la presidenta leyó los estatutos, elaborados tras unos meses de trabajo y aprobados por unanimidad, y expuso el plan que cada delegación territorial debería seguir en sus reuniones mensuales, hasta que, a finales de septiembre del siguiente año, volvieran a reunirse de nuevo en asamblea.

LA LISTA DE LOS FALLOS

La tarea que los miembros de las distintas delegaciones tenían que hacer ese primer año fue relativamente fácil. **Los padres y madres debían redactar un listado exhaustivo con todos los errores que habían cometido sus progenitores con ellos** y las consecuencias que les habían acarreado.

–Mi padre era muy autoritario y tenía muy mal genio –decía uno.

–Mi madre era muy mandona y muy controladora con los hijos –decía otra. ▶



–La mía no es nada cariñosa, nunca me ha dicho que me quiere –añadía otra.

–Mi padre fue siempre muy duro y muy distante con nosotros –lamentaba un padre.

–Mis padres me hacían regresar a casa por la tarde mucho antes que a mis amigas –se quejaba una madre.

–A mí nunca me daban dinero para ningún capricho ni me dejaban ir a ningún sitio sin ellos o sin mi hermano –explicaba otro.

–Mi madre no me ha reconocido nunca ningún mérito, parece que no se alegre cuando algo me va bien –se lamentaba otra.

Y así un largo etcétera. Elaboraron largas listas sin dificultades; **hablaron largo y tendido de sus traumas, frustraciones y descontentos, algo sumamente necesario y liberador siempre y cuando no se le tome el gusto.** La asamblea general del primer año fue un éxito rotundo.

La tarea del segundo año fue también bastante fácil. Partiendo de las listas de errores que habían confeccionado el primer año, cada grupo debía elaborar un perfil de cómo tenían que ser un padre y una madre

perfectos. Se trataba de algo tan simple como cambiar cada error por su contrario y, de un modo casi matemático, lograban esbozar sin demasiadas complicaciones el perfil que se les había pedido.

EN POS DE UNA UTOPIA

Era obvio que los padres y madres perfectos tenían que ser cariñosos, dialogantes, cercanos, comprensivos, generosos, permisivos, pacientes y un montón de virtudes más, entre las que **destacaba un gran anhelo compartido por todos: no dañar ni frustrar nunca a sus hijos, bajo ningún concepto.** Como decía el poeta Joan Brossa, hay que apuntar al infinito para avanzar unos pasos, y estos padres y madres perseguían, sin duda alguna, un alto y noble propósito.

Fue realmente coser y cantar, y la asamblea general del segundo año fue otro éxito. La tarea del tercer año se complicó un poco. Llegaba el momento de la verdad, de pasar a la acción y poner en práctica todo lo trabajado hasta entonces. Tenían que ponerse manos a la obra para evitar cometer



los mismos errores que sus padres, observar los resultados y valorar hasta qué punto conseguían acercarse al perfil de padres perfectos que habían confeccionado.

Dado que se trataba de una empresa bastante más ardua, se marcaron un plazo de tres años hasta proceder a la evaluación definitiva de los resultados.

ENFRENTAR LA REALIDAD

La tercera asamblea general de la Asociación Nacional Contra los Errores de Nuestros Padres, al contrario de las dos anteriores, fue un auténtico desastre. La mayoría de los asistentes expusieron que habían empezado con muy buen pie, con grandes ilusiones y grandes esperanzas. Pero, conforme fue pasando el tiempo, fueron surgiendo una serie de dificultades que no habían previsto y que dieron al traste con sus expectativas iniciales.

He aquí algunas de dichas dificultades, expresadas con las palabras de los propios padres y madres, y recogidas en el acta de la solemne tercera asamblea:

–Cuanto mejor quiero hacerlo, peor me sale.

–Cuanto más empeño pongo en evitar los errores que cometieron mis padres conmigo, más los reproduzco. Es como si hubiera un imán que me atrajera hacia ellos.

–Cuando les digo a mis hijos que voy a hacerlo mejor de lo que lo hicieron mis padres conmigo, lo que piensan mis hijos no es que yo lo haga mejor que mis padres, sino algo tan simple como que lo propio de los padres debe de ser cometer errores.

–Cuanto más sé, más dudas tengo y más miedo me da equivocarme.

–Tal vez he conseguido no cometer algunos de los errores que cometieron mis padres, pero he cometido otros que ellos no cometieron conmigo, sin duda alguna.

–Cuando digo a mis hijos que mis padres no me consentían lo que les consiento yo a ellos, no hago otra cosa que desautorizarme a mí misma. Les doy a entender que mis padres tenían autoridad sobre mí, y yo, en cambio, no la tengo sobre ellos.

Casi todas las intervenciones iban en esa línea. Los resultados fueron tan nefastos >



que la tarea que se propuso para la cuarta asamblea fue replantear el propio cometido de la asociación y redactar unos nuevos estatutos más realistas. Una de las propuestas que prosperó de inmediato fue cambiar el nombre de la asociación.

EQUIVOCACIONES QUE SON ACIERTOS

Un grupo de padres sugirió que ya no se llamara Asociación Nacional Contra los Errores de Nuestros Padres, sino Asociación Los Padres y Madres Cometemos Errores.

–Y aciertos –añadió uno de los miembros.

–Y aciertos que son errores –añadió otro.

–Y errores que son aciertos –puntualizó un tercero yendo más allá.

–Ambos son las dos caras de una misma moneda –sintetizó otro padre.

–No te puedes quedar con una sola de las caras –observó una socia.

–**Al fin y al cabo, somos lo que somos gracias a los aciertos y a las equivocaciones** –dijo otra.

Partiendo de estas premisas, redactaron unos nuevos estatutos que establecían, entre otros, los siguientes principios:

–Todos los padres y madres cometemos errores, aunque nos cueste reconocerlo.

–Los errores son inevitables y necesarios y, salvo ciertas excepciones, no revisten tanta importancia como les damos.

–**Para crecer y madurar, lo acertado y lo correcto no son suficientes. También lo equivocado y lo imperfecto es necesario a veces.** “Incluso un reloj estropeado está acertado dos veces al día”, escribió Paulo Coelho.

–Empeñarnos en evitar los errores que cometieron nuestros padres puede llevarnos a no hacer nada o a cometer otras equivocaciones distintas o tal vez peores. El psicólogo Paul Watzlawick decía que lo contrario de lo malo no es necesariamente lo bueno.

–Cuando queremos evitar algo, ese algo nos persigue y camina con nosotros. La atención que ponemos en aquello que rechazamos hace que lo atraigamos inconscientemente y con mucha más fuerza.

–No existen los padres y madres perfectos.

–Nuestros hijos e hijas no necesitan padres y madres perfectos. Necesitan, simplemente, padres y madres que ocupen su lugar co-



mo tales y ejerzan sus funciones con aplomo y determinación, asumiendo que, a veces, lo harán bien; otras veces, regular, y otras, mal. Y, en el fondo, será bueno.

–Nuestros padres cometieron una serie de errores y nosotros, queramos o no, vamos a cometer otros parecidos.

–Nuestros padres hicieron lo mejor que supieron, acorde con los tiempos que les tocó vivir. Y nosotros vamos a hacer también lo mejor que podamos en función de nuestra realidad actual, que es distinta, y comporta, por lo tanto, nuevas posibilidades de actuación y nuevos parámetros.

–No podemos dar a nuestros hijos lo que a nosotros nos faltó. Tampoco podemos educarlos partiendo de nuestras frustraciones e insatisfacciones. **Lo mejor que podemos dar a nuestros hijos es lo que sí tenemos, lo que hemos sido capaces de tomar de nuestros padres, aciertos y errores incluidos**, y algo de lo que los nuevos tiempos y la evolución del conocimiento nos han ofrecido de más.

–En lugar de afanarnos en superar a nuestros padres o en evitar cometer los mismos

errores que ellos, es más saludable y efectivo agradecer lo que hemos recibido a pesar de todos los pesares y mejorar lo mejorable, desde la sencillez y la humildad.

CONSTRUIR DESDE EL AMOR

Después de una primera etapa natural y necesaria de oposición y confrontación respecto a lo que habían recibido de sus propios padres, los miembros de la asociación se dieron cuenta de que no era posible edificar nada estable sobre las ruinas de lo que había sido demolido, sino sobre los cimientos del amor, la gratitud y el reconocimiento.

La tarea que iban a proponer para el siguiente año estaba muy clara y fue muy bien recibida: elaborarían otra lista, pero de todo aquello que, con más o menos acierto, habían recibido de sus propios padres y les había servido en la vida para convertirse en las personas que eran; de todo lo que podían pasar a sus hijos como un valioso tesoro, como la llama sagrada que unas generaciones entregamos a otras para que el milagro de la vida se perpetúe. ■